

“Sentimos que algo no andaba bien”. Neoliberalismo, daño colateral y malestar en tres cuentos de Diego Zúñiga

RENÉ ARAYA ALARCÓN
Universidad de Playa Ancha (Chile)

renearay@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0003-1042-3288>

Recibido: 21 de enero de 2025 – Aceptado: 10 de septiembre de 2025.

DOI:

Resumen: Este artículo propone una lectura de tres cuentos del volumen *Niños héroes* (2016) de Diego Zúñiga —“La ciudad de los niños”, “Un mundo de cosas frías” y “Cabezas negras”— desde la hipótesis de que sus protagonistas encarnan subjetividades configuradas como “víctimas colaterales” del modelo neoliberal chileno. El análisis se organiza en tres niveles: el plano individual, donde se observan vidas precarizadas; el institucional y espacial, que expone la desigualdad educativa y urbana; y el relacional-afectivo, donde los vínculos aparecen truncos o mercantilizados. Desde la perspectiva de Zygmunt Bauman, los relatos evidencian la fragilidad líquida de horizontes vitales reducidos a la sobrevivencia, mientras que, con Rita Laura Segato, se comprende cómo operan pedagogías de la残酷 que convierten la exclusión en destino. Así, Zúñiga articula una representación literaria crítica que da cuenta del malestar social y cultural que desembocaría en el estallido chileno de 2019.

Palabras clave: neoliberalismo; malestar; daño colateral; Diego Zúñiga.

“We felt that something was not right”. Neoliberalism, Collateral Damage, and Discontent in Three of Diego Zúñiga’s Short Stories

Abstract: This article offers a reading of three short stories from Diego Zúñiga’s *Niños héroes* (2016)—“La ciudad de los niños,” “Un mundo de cosas frías,” and “Cabezas negras”— based on the hypothesis that their protagonists embody subjectivities shaped as “collateral victims” of the Chilean neoliberal model. The analysis is structured around three levels: the individual level, where precarious lives are portrayed; the institutional and spatial level, which exposes educational and urban inequality; and the relational-affective level, where bonds appear fractured or commodified. Drawing on Zygmunt Bauman, the stories reveal the liquid fragility of life horizons reduced to mere survival, while with Rita Laura Segato they illustrate how pedagogies of cruelty operate by turning exclusion into destiny. In this way, Zúñiga constructs a critical literary representation that reflects the social and cultural unrest that would culminate in Chile’s 2019 uprising.

Keywords: Neoliberalism; Discomfort; Collateral Damage; Diego Zúñiga.

Introducción

Diego Zúñiga (Iquique, Chile, 1987) ha logrado configurar en una década y media un sólido proyecto literario. Me permite utilizar ese sustantivo —proyecto— toda vez que se advierten en su trabajo narrativo¹ líneas argumentales que se articulan como un sistema coherente, fundamentalmente en torno al devenir de nuestra sociedad en su transición democrática y las posibilidades del testimonio y la memoria en el escenario posterior al fin de la dictadura chilena (1973-1990). El proyecto de Zúñiga tiene una virtud adicional: esas trazas de sentido no resultan del todo explícitas, sino que se insinúan y pueden leerse entre líneas sutilmente apuntadas, estrategia para nada casual y hasta cierto punto implacable en su agudeza si pensamos que recrea una sociedad que consintió en transformarse en *la medida de lo posible*² una vez concluida la dictadura.

Al examinar el trabajo de Zúñiga como un proyecto en su conjunto, es posible distinguir en sus novelas *Camanchaca* (2009), *Racimo* (2014b), *Tierra de Campeones* (2023) y en el volumen de relatos *Niños héroes* (2016) diversos puntos en común. Me interesa detenerme, en particular, en uno de ellos: el modo en que sus textos dan cuenta de ciertos regímenes de violencia propios de Chile, instalados a partir del despliegue del modelo económico neoliberal desde finales de 1973. Esa violencia aparece insinuada en los textos de Zúñiga, dando cuenta del grado en que esta emergió (y por qué no, emerge todavía), de cierto modo, naturalizada, quebrando de forma soterrada la cotidianidad y generando efectos a veces inadvertidos en la sociedad chilena.

El modelo económico neoliberal se desarrolló en Chile como una suerte de laboratorio o experimento (Harvey, 2017: 17) a partir de la instalación de la dictadura civil-militar en 1973, pero continuó y se exacerbó una vez restaurada la democracia en 1990. Su principal característica apunta a la mercantilización de todos los aspectos de la vida, así como una inexorable privatización e individualización de la existencia (Cristi, 2021: 19). Su despliegue y consolidación en Chile supuso el debilitamiento profundo del Estado y su capacidad de responder a las necesidades de los ciudadanos, ocasionando un paulatino pero profundo deterioro del tejido social (Ruiz Encina, 2013: 17). Este modo de comprender la sociedad ha dejado huellas profundas en la sociedad chilena (Gaudichaud, 2015: 16), cuestión que bien puede advertirse en el *estallido social* de 2019³

¹ Habría que excluir su ensayo dedicado a María Luisa Bombal (2019) y el volumen dedicado a su afición por el fútbol (2014a).

² La frase “en la medida de lo posible” fue pronunciada por Patricio Aylwin, primer presidente de la transición democrática chilena (1990-1994), para referirse a los límites que tendría la búsqueda de justicia y reformas estructurales tras el fin de la dictadura militar (1973-1990). Su sentido aludía a que los cambios políticos, económicos y sociales solo podrían realizarse dentro de los márgenes permitidos por la correlación de fuerzas de la época, marcada por el poder residual de las Fuerzas Armadas, el control institucional heredado de la Constitución de 1980 y la continuidad del modelo neoliberal. En la cultura política chilena, la expresión se convirtió en símbolo de una transición pactada, caracterizada por la moderación, la negociación con los actores del antiguo régimen y la preservación de las estructuras económicas y jurídicas de la dictadura. Su vigencia ha sido objeto de debate: para algunos, permitió consolidar la democracia evitando un retroceso autoritario; para otros, implicó una renuncia temprana a transformaciones profundas, cuyas consecuencias se han hecho evidentes en las desigualdades persistentes y en el malestar social que desembocó en el estallido social de 2019.

³ El “estallido social” ocurrido el 18 de octubre, en Santiago de Chile, se manifestó a través de una serie de protestas cuyo detonante inmediato fue el alza de la tarifa del transporte público, pero que pronto se transformó en un levantamiento nacional contra la desigualdad estructural, la precarización de la vida y la privatización de derechos sociales (salud, educación, pensiones) bajo el modelo neoliberal instaurado por la dictadura militar (1973-1990) y profundizado en democracia. Las manifestaciones —que incluyeron marchas multitudinarias, cacerolazos, huelgas y ocupaciones de espacios públicos— fueron respondidas con un despliegue represivo que derivó en denuncias de violaciones a los derechos humanos. Una de sus consecuencias más significativas fue la apertura de un proceso

toda vez que sus movilizaciones se atribuyen, en buena medida, a la perseverancia del modelo y sus efectos (Mayol, 2012: 13; Peña, 2020a: 57; Peña y Silva, 2021: 17).

Resulta pertinente recordar que Zúñiga nace en 1987, es decir, mientras la dictadura cívico-militar reptaba hacia su final y, por tanto, cuando se acercaba la democracia. Además, *Camanchaca*, su primera y celebrada novela, se publica en 2009, restando poco para el cierre del cuarto gobierno de la Concertación, coalición de gobierno que, considerada por algunos como la más exitosa de la historia chilena, en la práctica consolidó la impronta economicista de la dictadura civil-militar (Hidalgo, 2012: 35). Así, el despliegue de la narrativa de Zúñiga coincide con el momento en que la crítica al modelo neoliberal comenzaba a asomarse con mayor recurrencia, especialmente en el contexto estudiantil, escenario relevante en *Niños héroes*. Los estudiantes secundarios chilenos serán de los primeros en percibir “que algo no andaba bien” (Zúñiga, 2016: 125) y en movilizarse masivamente para denunciar las inequidades profundas del sistema neoliberal y sus nocivos efectos sobre la convivencia social. En particular, la conocida “revolución pingüina” (debido a los colores del uniforme escolar) demandó la reforma estructural del sistema educativo en términos de su calidad y el cuestionamiento de su privatización (Bellei, Contreras y Valenzuela, 2010: 21).

En este marco, nuestro propósito apunta a analizar la representación de las subjetividades, los espacios y las relaciones en tres cuentos del volumen *Niños héroes* de Diego Zúñiga a fin de indagar cómo estas narrativas articulan una crítica implícita al modelo neoliberal chileno y a sus efectos sociales, culturales y afectivos. Sostengo, entonces, que, más allá de una mera alusión a la apatía generacional postdictadura, estos relatos operan más bien como registros narrativos de un *malestar social* latente que se venía gestando en la sociedad chilena luego del retorno a la democracia y que estallaría hacia fines de 2019 (Vera, 2017: 11). Dicho malestar se encarna en la figuración de subjetividades retratadas en torno a su potencia política y resistencia incipiente.

El estudio se desarrolla desde un enfoque hermenéutico que combina el análisis textual con una perspectiva sociohistórica y crítica-discursiva. Se articula un diálogo entre herramientas de la crítica literaria y marcos teóricos provenientes de la sociología y la filosofía política, incorporando conceptos como “pedagogía de la crueldad” (Segato) y “daño colateral” (Bauman) para examinar cómo las estrategias narrativas y la configuración de subjetividades hacen visibles las tensiones entre apatía, esperanza y resistencia. El corpus —“La ciudad de los niños”, “Un mundo de cosas frías” y “Cabezas negras”— ha sido seleccionado de manera deliberada para favorecer esta exploración, pues contiene escenas y modulaciones narrativas que exponen fracturas en la aparente apatía de sus protagonistas y dejan entrever signos de resistencia, rabia o rechazo hacia el orden social imperante. El análisis se organiza en tres niveles: 1) El plano individual, donde se observan vidas precarizadas; 2) El plano institucional y espacial, que expone la desigualdad educativa y urbana; y 3) El plano relacional-afectivo, donde los vínculos aparecen truncos o mercantilizados. La hipótesis de trabajo sostiene que, contrariamente a la idea generalizada según la cual los personajes de Zúñiga son eminentemente apolíticos o indiferentes, sus relatos revelan —de manera oblicua, pero inequívoca— gestos y enunciados que los sitúan desde los márgenes, dentro de un campo político más amplio. Así, esta propuesta no solo extiende el campo de lectura de la obra cuentística de Zúñiga, sino que también la articula con el resto de su producción, revelando un hilo político subterráneo que ha sido insuficientemente explorado en la crítica previa, centrada sobre todo en *Camanchaca* y *Racimo*.

constituyente para reemplazar la Constitución de 1980, heredada del régimen de Pinochet, considerada por amplios sectores como un pilar jurídico del orden neoliberal.

Hijo de la dictadura. Algunos abordajes a la literatura de Zúñiga

La literatura de Diego Zúñiga se ha enmarcado en lo que suele denominarse “literatura de los hijos de la dictadura”, con la que intenta describirse a autores que vivieron su infancia durante la dictadura civil-militar y que crecieron en los años de la transición democrática de los años 90 del siglo XX (Duperron, 2019: 30; Ferrarese, 2020: 15; Johansson, 2023: 228). Se trata, por tanto, de autorías que establecen un tipo de relación particular con la memoria, considerando que el retorno a la democracia preservó un sistema de prohibiciones y de fronteras que no debían traspasarse (Guzmán, 2009: 155). En este marco, Alejandra Costamagna denomina a los ejercicios de memoria que emprenden estos proyectos narrativos como “memorias de segunda generación” (2016: 21), en la medida que se trataría de subjetividades que no vivieron de primera mano los horrores de la dictadura, sino que los reconstruyen a través del testimonio de terceros, condicionando la representación de esa experiencia histórica; se trata, en todo caso, de autores que crecieron durante la consolidación del neoliberalismo chileno. Para Grínor Rojo (2016) este es un elemento significativo, pues la dictadura y la transición no solo configuraron un modelo social y político, sino también marcaron indeleblemente las formas de escritura y los modos de representación literaria. En este marco:

[...] toda, absolutamente toda, la literatura publicada en Chile o por chilenos con posterioridad al golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973 era una literatura a la que aquel acontecimiento y sus secuelas le cortaban el traje o, dicho en forma más exacta, que estas eran unas obras de arte literario todas las cuales estaban signadas a fuego por la dictadura (o por el Estado de excepción, como empezaron a decir en algún momento los revolucionarios franceses) y por la postdictadura (o sea por el post Estado de excepción) (2016: 9).

En efecto, la narrativa de Zúñiga no escapa a esta condición, particularmente a los efectos del modelo social y político desplegado en Chile a partir de 1973 y durante su desarrollo avanzado. De este modo, variados estudios se han aproximado a su obra a partir de la emergencia del neoliberalismo, especialmente en las obras *Camanchaca* y *Racimo*. Nicolás Román (2022), por ejemplo, propuso una lectura de *Racimo* que enfatiza el modo en que la lógica neoliberal desplegada en Chile ha posibilitado el consumo despiadado de los cuerpos femeninos. La novela en cuestión está basada en los brutales crímenes en serie contra mujeres en Alto Hospicio, una de las comunas con mayores índices de exclusión social en el extremo norte de Chile, los que tuvieron lugar hacia finales del siglo pasado y comienzo del presente. De acuerdo con Román, quien sigue los aportes teóricos de Judith Butler, ciertos cuerpos son precarizados y segregados, y devienen, por tanto, como vidas negadas:

Las mujeres son puestas por debajo del umbral de ciudadanía y son sometidas a una exclusión del contrato social, por ende, en estas narrativas la condición neoliberal y el uso de las vidas precarias como descartables refuerzan una nueva condición [...] en que el goce de los cuerpos femeninos está inscrito en una órbita general del consumo, la precarización y la descartabilidad (Román, 2022: 529).

En la misma dirección, José Rivera-Soto (2021) señaló que *Racimo* puede leerse a partir del eje de la desigualdad y la exclusión social por género que, en Chile, sería brutalmente apalancado por el modelo neoliberal. En su opinión, la novela permite apreciar el cruce interseccional entre género y pobreza, las inequidades territoriales o la violencia contra cuerpos no productivos. En efecto, de acuerdo con Rivera-Soto, las temáticas que se despliegan en *Racimo* pueden ser leídas como presagios literarios de la “revuelta popular” de 2019, toda vez que en ese texto se advierte una denuncia de la violencia estructural propia del neoliberalismo.

Resulta pertinente citar también a Fernando Blanco (2021) porque su perspectiva permite comprender cómo la narrativa chilena reciente no puede desligarse de los efectos sociales del neoliberalismo. Su aporte ofrece una clave contextual y crítica para interpretar la disolución del proyecto comunitario en Chile, situando la obra de Zúñiga dentro de un marco más amplio de escrituras atravesadas por la precariedad y la fragmentación social. En esta medida, Blanco interpreta que textos como *Camanchaca* o *Racimo* dan cuenta de que

[...] las articulaciones sociales que antes proporcionaba el modelo del Estado-nación se han desvanecido. El Estado no se hace cargo de nada, ni de la salud, ni del bienestar social, ni de la educación, esas responsabilidades han sido transferidas [...] a la familia y [...] al individuo, quien ahora asume la potestad absoluta detentada anteriormente en lo público por la ahora adelgazada administración gubernamental (2021: 143-144).

Blanco repara así en el impacto del deterioro del Estado durante el desarrollo del modelo neoliberal sobre las interacciones sociales. Estas abandonarían los idearios de la comunidad y la solidaridad para producir sujetos ensimismados en sus propias necesidades e intereses.

Por su parte, Daniuska González González (2021) ha abordado la narrativa de Zúñiga desde la noción de *subjetividades de la derrota*, elaborada a partir de los aportes teóricos de Idelber Avelar y Leonor Arfuch. Estas subjetividades, explica la autora, emergen del naufragio del proyecto transformador de la Unidad Popular y de la posterior imposición —y suscripción en democracia— del modelo neoliberal. Uno de los textos en los que se ha detenido González González es *Camanchaca*. En esa novela advierte cómo, a partir de la representación del protagonista, se elabora “una identidad que se complejiza *desde un dejar(se) ser*” (González González, 2021: 201). En este sentido, resultaría especialmente recurrente el modo en que el sujeto protagónico es retratado como un individuo expuesto al vaivén de los designios de otros y de una pasividad exasperante. De acuerdo con González González, esto permite comprender que el neoliberalismo comenzó a demandar individuos despolitizados, confinados a circular por sitios dominados por la exhibición y el intercambio desequilibrado de las mercancías. Precisamente, es esta misma característica la que se advierte en diversos cuentos de *Niños héroes*, donde por oposición a lo que el título del volumen indica, lo que prevalece es el fracaso, en ningún caso la excepcionalidad o el heroísmo. Se trataría, entonces, de “biografías de subjetividades incompletas, desideologizadas, dispersas y arruinadas” (González González, 2021: 202) en las que los sujetos “concentran rasgos reveladores del sujeto hundido en la sociedad neoliberal, sin sueños ni premuras utópicas” (González González, 2021: 203).

Estos elementos son también advertidos por Laura Ferrarese en su análisis de la obra de Zúñiga (2020: 42). Ferrarese se concentra específicamente en la lectura de *Camanchaca*, que califica como una novela de la posmemoria, observando que esta representa la experiencia de las vidas aburridas y difíciles de los jóvenes que crecen en el Chile postdictatorial, así como sus dificultades para relacionarse con el pasado traumático del país y sus núcleos familiares. En dichos términos se trataría de subjetividades apolíticas que mantienen una relación distante con su rol cívico y la idea de comunidad.

En este contexto crítico, la propuesta que se plantea radica en desplazar la lectura dominante de la obra de Zúñiga —habitualmente interpretada desde la óptica de un realismo del desencanto, poblado por sujetos apolíticos y relatos atravesados por la derrota, la inmovilidad y la pasividad— para proponer una relectura que reconozca, en cambio, la presencia de subjetividades potencialmente políticas. Si bien buena parte de la crítica ha inscrito su narrativa dentro de un marco neoliberal que encapsula a los personajes en la precariedad y la impotencia, el análisis

de tres cuentos de *Niños héroes* permite advertir indicios de politización, gestos que pueden parecer mínimos, pero que son significativos en la figuración de la resistencia y que proponen formas de visibilización de las fisuras en la representación del aparente desinterés cívico. Estas subjetividades, lejos de limitarse a reflejar un estado de apatía estructural, germinan en formas embrionarias de malestar social —en sus vínculos, en sus microacciones, en sus modos de habitar el espacio urbano— que, leídas en perspectiva, anticipan y dialogan con las tensiones y estallidos que han marcado el Chile de las últimas décadas. En este sentido, la novedad de esta propuesta reside en comprender que los personajes de Zúñiga no son únicamente víctimas de un orden neoliberal que los atomiza, sino también portadores de latencias políticas que, aunque incipientes, configuran un imaginario subterráneo del disenso político, social y cultural, junto con la apertura a la reflexión y la acción colectiva.

Pedagogías de la crueldad, daño colateral y malestar: algunas herramientas teóricas

La noción de *pedagogías de la crueldad*, desarrollada por Rita Laura Segato (2018), ofrece una clave analítica imprescindible para comprender de qué manera la violencia se normaliza hasta volverse aceptable dentro de un determinado orden social. Segato define este tipo de pedagogías como un conjunto de actos y rituales que “enseñan, habitúan y programan a los sujetos a transmutar lo vivo y su vitalidad en cosas” (Segato, 2018: 11), despojando a los cuerpos y a las relaciones de su espesor afectivo para reducirlos a meros objetos de intercambio o dominación. No apunta a violencias excepcionales ni de estallidos puntuales, señala la autora, sino de procesos repetitivos que “promueven en la gente los bajos umbrales de empatía indispensables para la empresa predadora” (Segato, 2018: 11). En esta perspectiva, las pedagogías de la crueldad se comprenden como un dispositivo funcional a la racionalidad neoliberal, donde el mercado se erige como principio organizador de la vida social y las interacciones se configuran bajo la lógica competitiva de la ganancia y el despojo.

En Chile, este vínculo entre pedagogías de la crueldad y neoliberalismo se encuentra sobredeterminado por la experiencia de la dictadura cívico-militar (1973-1990), que interrumpió el régimen democrático e implementó un proyecto de transformación estructural de la economía, la política y la cultura. Tomás Moulian ha caracterizado este proceso como una “refundación” que reorganizó el Estado y la sociedad “desde una matriz mercantil” (2002: 45). Su desarrollo puede leerse en tres momentos interdependientes: una primera fase de “terapia de shock” (1973-1981), donde la represión política y la liberalización abrupta de la economía se ejecutaron de forma simultánea; una segunda fase (1982-1985) marcada por la crisis económica y el rescate estatal del sistema financiero, que consolidó las nuevas reglas; y una tercera fase (1985-1990) de estabilización institucional, en la que las reformas se integraron al discurso de modernización y progreso (Gárate, 2012: 215).

Las consecuencias de este proyecto fueron profundas. El debilitamiento deliberado de los sindicatos, la fragmentación de la sociedad civil y la mercantilización de derechos sociales como educación, salud y previsión transformaron el tejido social. Manuel Antonio Garretón advierte que esta reconfiguración no solo alteró la estructura socioeconómica, sino que instaló un nuevo imaginario: el ciudadano dejó de concebirse como sujeto político y pasó a definirse como consumidor, desplazando el horizonte de lo colectivo hacia metas individuales (2011: 256). La transición democrática de 1990, lejos de revertir este modelo, lo administró y profundizó, consolidando lo que se ha denominado una “democracia de los consensos” (Siavelis, 2009: 18), que renunció a transformaciones estructurales y asumió el neoliberalismo como marco inamovible.

En este contexto, las pedagogías de la残酷 no se reducen a la definición de violencia física ejercida durante la dictadura, sino que persisten como el diseño de un régimen cultural en democracia. Su función es naturalizar un orden social basado en la exclusión, la competencia y la desposesión, legitimando que ciertos daños —la segregación, la precariedad, la exclusión— se acepten como inevitables. Aquí cobra relevancia la noción de “daños colaterales” que Zygmunt Bauman, en su análisis del capitalismo contemporáneo, identifica como los efectos no deseados pero estructuralmente necesarios para el funcionamiento del sistema (2012: 162). En *Modernidad líquida*, Bauman advierte que el más profundo de estos daños es “la transformación total y absoluta de la vida humana en un bien de cambio” (2002: 31). Este desplazamiento produce lo que denomina *infraclase*, “gente sin papel asignado, que no aporta nada a la vida de los demás y, en principio, sin posibilidad de redención” (2007: 166). La existencia de sujetos prescindibles, sin valor de uso ni de cambio, no es un accidente del neoliberalismo, sino una condición para su reproducción.

Para precisar analíticamente los efectos de esta articulación entre pedagogías de la残酷 y neoliberalismo en Chile, y su representación en los textos de Zúñiga, es posible clasificar los daños colaterales en tres dimensiones interrelacionadas: en los sujetos, en los espacios y en las relaciones. Esta clasificación no busca fragmentar la observación de realidades que se retroalimentan, sino ofrecer coordenadas de interpretación para describir con mayor claridad los mecanismos de reproducción de la violencia estructural que los textos de Zúñiga retratan.

Para empezar, tenemos los daños colaterales en el plano individual, toda vez que el neoliberalismo privatiza los problemas sociales y traslada sus consecuencias al ámbito íntimo. En *Vidas desperdiciadas*, Bauman sostiene que esta privatización conduce a la internalización del fracaso: “los problemas públicos se convierten en insuficiencia personal, en sentimientos de culpa, en miedos e incertidumbres” (2005: 26). En el Chile postdictadura, este desplazamiento ha configurado subjetividades marcadas por la precariedad material y un malestar difuso. La narrativa de Diego Zúñiga en *Niños héroes* da cuenta de este fenómeno: sus personajes, jóvenes nacidos en los años de la transición, encarnan lo que González González ha denominado una “subjetividad derrotista” (González González, 2021: 199), incapaz de proyectar horizontes colectivos y habituada a vivir bajo el imperativo de la competencia. El narrador de “Cabezas negras” lo sintetiza así: “éramos un curso individualista, competitivo, insoportable” (Zúñiga, 2016: 123). La subjetividad se concibe como un producto que debe validarse en el mercado; quienes no logran adaptarse a sus reglas son relegados a la condición de desecho, en la lógica de las “vidas desperdiciadas” de Bauman (2005: 36).

Estos daños colaterales se advierten también en el espacio relacional, toda vez que el neoliberalismo reorganiza tanto los territorios físicos como los simbólicos. Báez Alarcón subraya que, en este modelo, las categorías de pertenencia se definen “por medio de la capacidad monetaria que se posee” (2021: 15), lo que segmenta la ciudad, las instituciones y las oportunidades de acceso a bienes básicos. La municipalización y el financiamiento compartido de la educación, instaurados en dictadura, produjeron un sistema escolar estratificado, donde la escuela funciona más como mecanismo de clasificación social que como espacio de integración. En la literatura, esta lógica se plasma en colegios donde la violencia simbólica reproduce jerarquías socioeconómicas. Este rediseño espacial incluye la segregación urbana, la proliferación de periferias degradadas y la centralidad de los centros comerciales como nuevos nodos de socialización, transformando el paisaje y las prácticas de encuentro. La narrativa de Diego Zúñiga en *Niños héroes* permite observar cómo estas transformaciones estructurales se encarnan en experiencias juveniles. La municipalización y el financiamiento compartido, instaurados en dictadura, consolidaron un sistema escolar estratificado donde la escuela actúa más como mecanismo de clasificación que

como espacio de integración. Esa violencia simbólica se filtra en los relatos, mostrando colegios atravesados por jerarquías económicas y sociales. Paralelamente, la segregación urbana dibuja un mapa de periferias degradadas y barrios exclusivos, donde los protagonistas solo circulan como visitantes temporales.

Finalmente, podemos distinguir el daño colateral afectivo o emocional, pues el neoliberalismo erosiona los vínculos sociales y afectivos. Segato advierte que “la crueldad habitual es directamente proporcional a formas de gozo narcisístico y consumista, y al aislamiento de los ciudadanos” (2018: 11). En Chile, esta dinámica se manifiesta en la debilitación de la vida comunitaria y en la fragmentación de redes de confianza. Garretón y Tironi han vinculado esta individualización extrema con la imposición del modelo, señalando que fomenta relaciones instrumentales donde el otro se concibe como medio y no como fin. En *Niños héroes*, las amistades y relaciones amorosas están atravesadas por la inestabilidad material y emocional, lo que las vuelve precarias y fácilmente desecharables, siguiendo la lógica del consumo rápido que Bauman asocia a la modernidad líquida.

Estas tres dimensiones —subjetiva, espacial y relacional— no operan de manera aislada, sino en un circuito interrelacionado y complejo que perpetúa el paisaje de crueldad descrito por Segato. La precarización de los sujetos alimenta la segmentación de los espacios, y esta, a su vez, refuerza la fragilidad de las relaciones. Bauman subraya que esta reproducción circular de la inseguridad es funcional al sistema, toda vez que la inseguridad es la condición que mantiene a las personas permanentemente disponibles para la adaptación (2005: 54). En Chile, esta disponibilidad se traduce en una aceptación resignada de la desigualdad y en la dificultad para imaginar alternativas colectivas.

La literatura, en este marco, actúa como un dispositivo que visibiliza desde una perspectiva crítica los daños colaterales del neoliberalismo y su inscripción en la vida cotidiana. En obras como *Niños héroes*, la representación de sujetos derrotados, espacios segmentados y vínculos erosionados no constituye una mera ilustración sociológica, sino una dramatización de las pedagogías de la crueldad en su dimensión íntima. La mirada narrativa revela cómo la violencia estructural se internaliza y se reproduce no como imposición externa, sino como gramática incorporada en los gestos, los deseos y las expectativas.

Examinar estos daños colaterales a partir del diálogo entre Segato y Bauman permite comprender que no son anomalías ni excesos corregibles del neoliberalismo, sino expresiones constitutivas de su funcionamiento. La producción de infraclases, la segmentación de espacios y la fragilización de las relaciones son, simultáneamente, consecuencias y condiciones de posibilidad del orden vigente. La literatura, al problematizar estas lógicas, abre un espacio para pensar no solo en sus efectos, sino también en las pedagogías inversas que podrían subvertirlas.

“A lo mejor seríamos otros”: subjetividades precarizadas y oportunidades negadas

“Si hubiésemos estudiado ahí, a lo mejor seríamos otros” (Zúñiga, 2016: 49), afirma Valeria en el cuento “Un mundo de cosas frías”, sintetizando en una sola frase el peso subjetivo de la exclusión estructural que atraviesa a los jóvenes protagonistas de *Niños héroes*. La sentencia no es un lamento individual, sino el índice de un malestar colectivo que atraviesa a una generación, marcada por las condiciones materiales de acceso a la educación y, con ellas, por la prefiguración de trayectorias vitales estrechamente determinadas por la lógica neoliberal chilena. En este plano

individual, los personajes se configuran como sujetos precarizados, atrapados en un horizonte vital reducido a las expectativas posibles dentro del modelo, y cuya subjetividad es moldeada tanto por la falta de recursos como por la internalización de la propia imposibilidad de aspirar a más.

El relato muestra a dos jóvenes desplazándose por Santiago de Chile como espectros, instalándose por horas en departamentos piloto que jamás serán suyos. Ese gesto —entrar, habitar por instantes, luego retirarse— encarna la fugacidad de un acceso siempre negado. Sus vidas quedan suspendidas en un tiempo de espera sin futuro, donde la única “propiedad” que poseen es la capacidad de soñar con un lugar en la ciudad. La precariedad no es únicamente económica; es existencial, pues se traduce en una subjetividad marcada por la negación de oportunidades y por la certeza de estar fuera de los espacios legítimos de pertenencia. “Yo sabía que no iba a entrar a la universidad. No tenía cómo pagarla, no tenía buenas notas, imposible obtener una beca. Quizá podía entrar a un instituto, pero mi abuelo no tenía forma de pagarlo tampoco” (Zúñiga, 2016: 31). La crudeza de la constatación expone el carácter anticipado de la derrota: los sujetos saben de antemano que su trayectoria no tiene cabida en la promesa meritocrática, y que sus intentos de ascenso se verán bloqueados por las barreras económicas y culturales (Peña, 2020b, 17).

Este fenómeno debe leerse en el marco histórico de la transformación neoliberal del sistema educativo. Como advierte Mayol, el mercado escolar chileno fue diseñado para garantizar la persistencia de la desigualdad: “Un mercado bien articulado es el que garantiza que la desigualdad existe” (2019: 26). En este escenario, la escuela no es solo un espacio de transmisión de saberes, sino un dispositivo de clasificación social que distribuye identidades funcionales y expectativas vitales de acuerdo con el capital económico de las familias. La subjetividad de los jóvenes, por tanto, no surge de manera autónoma, sino que se encuentra condicionada por una estructura que define de antemano lo que pueden y no pueden llegar a ser.

En este nivel individual, los relatos de Zúñiga muestran cómo las vidas de los protagonistas se moldean bajo un sistema darwiniano que expulsa a quienes no resultan aptos para adaptarse a sus reglas. La figura del emprendedor, exaltada por el neoliberalismo como ideal de autonomía (Moruno, 2015: 27), aparece invertida: lejos de encarnar agencia, los jóvenes están condenados a la autoexploración en trabajos de baja calificación —empaqueadores, reponedores, meseros— donde no existe expectativa de superación. Se trata de subjetividades moldeadas para aceptar su condición de “daños colaterales” del sistema, como Zúñiga evidencia con crudeza. Aquí es posible vincular la reflexión con Beck y Beck-Gernsheim (2012: 29), quienes señalan que la modernidad tardía impone una individualización forzosa: los sujetos deben resolver sus vidas en solitario, aun cuando sus márgenes de acción estén estrechamente delimitados por condiciones estructurales.

En “Un mundo de cosas frías”, Valeria y el narrador están enfrentados a la dimensión fantasmática de la promesa de consumo. En los relatos, el acceso a bienes materiales —departamentos, muebles, cortinas, electrodomésticos— se convierte en objeto de fantasía y, al mismo tiempo, en evidencia del lugar de exclusión. “Nos gustaba imaginar una vida completa en esas habitaciones generosas que nunca queríamos abandonar. Hablábamos una y otra vez, de cómo decoraríamos nuestro departamento” (Zúñiga, 2016: 40). El deseo se mantiene vivo como energía libidinal, en el sentido en que Lyotard (1992: 111) lo describe, sosteniendo una expectativa que nunca se concreta. Baudrillard (2009: 179) lo plantea en términos de rituales de acceso al consumo: los jóvenes se saben excluidos de los circuitos del crédito y la propiedad, pero no renuncian a soñar con integrarse a ellos. El efecto subjetivo es un limbo existencial, un

purgatorio de expectativas nunca cumplidas, donde la esperanza se transforma en una trampa cruel que mantiene a los individuos adheridos al sistema que los excluye.

La interiorización de esta crueldad sistémica se observa también en los otros relatos de *Niños héroes*. En “La ciudad de los niños”, los protagonistas simulan roles adultos en Kidzania, aceptando sin crítica los moldes prefabricados de la sociedad de consumo. Incluso cuando se rebelan, lo hacen desde el guion preestablecido del sistema, desempeñando funciones de vigilantes o cajeros que reproducen la lógica del capital. El narrador reconoce con resignación:

[...] me di cuenta de que no quería ser nada cuando grande; sin embargo, al percatarme de que todos mis compañeros ya estaban ubicados en sus puestos, vi que había un oficio que nadie eligió, por lo que me inscribí ahí, en Prosegur (Zúñiga, 2016: 17).

La paradoja es evidente: incluso el rechazo se traduce en aceptación de un lugar funcional en la maquinaria del consumo. En este sentido, la subjetividad se ve atrapada en un juego de espejos que ofrece opciones múltiples, pero todas ellas contenidas dentro de los límites del modelo.

En “Cabezas negras”, la rabia y la violencia emergen como respuestas individuales a la percepción de injusticia. Carrasco, con la cara cubierta, lanza su discurso televisado contra la educación chilena como “un derecho exclusivo para la élite” (Zúñiga, 2016: 126). Sin embargo, la acción de secuestrar a estudiantes de un colegio privado termina transformándose en espectáculo mediático, más que en una verdadera forma de resistencia. Aquí se observa la pedagogía de la crueldad que describe Segato (2018: 38): los sujetos, en lugar de articular empatía y comunidad, reproducen la violencia que el sistema les ha inculcado. La subjetividad se convierte en escenario de disputa entre la indignación y la interiorización de las lógicas crueles del neoliberalismo.

De este modo, los relatos de Zúñiga configuran un retrato descarnado de subjetividades precarizadas en el plano individual. Sus personajes —Valeria, el narrador anónimo, Carrasco y Vergara— evidencian cómo el neoliberalismo chileno modela existencias reducidas, suspendidas entre el anhelo de inclusión y la certeza de exclusión. No se trata de casos singulares, sino de síntomas de un régimen que fabrica sujetos fragmentados, incapaces de proyectar horizontes más allá de los límites impuestos. En esta clave, *Niños héroes* se erige como archivo literario de las oportunidades negadas, un registro de vidas formadas bajo la crueldad de un sistema que convierte la desigualdad en destino. Al mismo tiempo, la configuración de estos personajes no solo alude a una apatía generacional postdictadura, sino que hacen visible un malestar social latente que, incubado en los cuerpos y vínculos cotidianos, anticipa la fractura política y cultural que estallaría en 2019.

De este modo, la narrativa de Zúñiga traduce en imágenes literarias los efectos de la racionalidad neoliberal en la subjetividad, mostrando cómo incluso en la precariedad y en la aparente derrota se gestan formas incipientes de resistencia y potencia política. En el caso de “Un mundo de cosas frías” se muestra una resistencia que se teje desde la precariedad compartida. Valeria y el narrador recorren departamentos piloto a los que nunca podrán acceder, y en ese tránsito se topan con otra familia en la misma situación. Aunque no se produce un encuentro real —el protagonista observa en silencio desde la distancia—, la escena contiene en negativo la posibilidad de comunidad. La experiencia de exclusión, común a ambos grupos, sugiere un terreno fértil para la solidaridad que aún no logra cristalizar. La resistencia, en este caso, no es acción directa, sino la exposición de un malestar compartido que tarde o temprano podría devenir politización.

“Ubicados en sus puestos”: instituciones, comunidad y pedagogías de la残酷

Si en el plano individual los relatos de *Niños héroes* muestran vidas precarizadas y en el plano relacional vínculos truncos, en el nivel de la convivencia lo que emerge es la operación de instituciones —escuelas, ciudades, espacios de consumo— que funcionan como escenarios donde se dramatizan las desigualdades y donde se reproducen las pedagogías de la残酷. El eje de lo institucional y comunitario permite observar cómo las subjetividades se enfrentan a estructuras que, lejos de ofrecerles integración, refuerzan la segregación, la clasificación social y la exclusión sistemática.

Probablemente, el relato que aborda esta temática de modo más explícito es “Cabezas negras”. Este cuento narra cómo un grupo de estudiantes de un establecimiento particular subvencionado, hastiados por lo que juzgan como la profunda injusticia del sistema escolar chileno, decide secuestrar a un grupo de cinco jóvenes estudiantes de un colegio católico, privado y pagado de Santiago de Chile como estrategia para negociar sus demandas de mejor acceso a educación. El relato es explícito respecto del estado de ánimo que espera retratar, toda vez que aborda los albores del movimiento estudiantil de 2006, movilizaciones denominadas como revolución pingüina⁴. Ese movimiento planteó una crítica ácida a lo que sus líderes calificaron como modelo educativo neoliberal y, visto en retrospectiva, es considerado un hito en la ruta que derivó en las protestas y movilizaciones sociales de 2019.

El movimiento estudiantil resuena en “Cabezas negras”, donde la institución escolar aparece como un espacio atravesado por las jerarquías de clase, incluso cuando intenta disfrazarse de lugar inclusivo. Los protagonistas relatan que “se supone que en su origen el colegio estaba destinado a los hijos de las empleadas domésticas del sector, pero luego empezaron a llegar alumnos que expulsaban del Verbo Divino o de algún colegio del sector oriente” (Zúñiga, 2016: 124). La paradoja de esta escuela radica en que se ubica en un barrio acomodado, rodeada de embajadas y casas de diplomáticos, pero su población es diversa, proveniente de sectores populares y de familias vulnerables. Esta coexistencia, excepcional dentro de un sistema que rara vez promueve la mezcla social, evidencia cómo la escuela es simultáneamente un espacio de encuentro y de segregación, un dispositivo que refleja las tensiones del modelo neoliberal chileno.

⁴ La llamada “revolución pingüina” de 2006 constituyó una de las mayores movilizaciones estudiantiles secundarias en la historia reciente de Chile. Su nombre proviene del uniforme blanco y negro característico de los liceos públicos y alude a un movimiento que, durante meses, articuló tomas, marchas y paralizaciones a nivel nacional. El detonante inmediato fue el rechazo a la Ley Orgánica Constitucional de Enseñanza (LOCE), heredada de la dictadura militar (1981), que consolidaba la municipalización y privatización del sistema escolar, transfiriendo la educación pública a la administración local y fomentando la competencia entre establecimientos. Bajo esta normativa, y en el marco de políticas neoliberales instauradas durante el régimen de Pinochet, el acceso y la calidad de la educación se vieron crecientemente condicionados por la capacidad de pago de las familias, profundizando la segregación y desigualdad educativa. Las demandas de 2006 incluyeron la derogación de la LOCE, la gratuidad del pase escolar, la eliminación del cobro de la PSU y la mejora de la infraestructura educativa. Si bien el movimiento consiguió algunas reformas parciales —como la entrega de un pase escolar gratuito anual y la creación del Consejo Asesor Presidencial para la Educación—, no logró transformar las bases estructurales del sistema, dejando intacto el modelo de mercado en educación. Este desenlace generó un malestar persistente entre amplios sectores estudiantiles y sociales, que se reactivó con fuerza en 2011, cuando el movimiento universitario y secundario volvió a instalar en la agenda nacional la exigencia de educación gratuita y de calidad. Diversos analistas han señalado que el ciclo iniciado en 2006 abrió una grieta política y cultural en el consenso neoliberal, contribuyendo a la acumulación de descontento que desembocó en el estallido social de octubre de 2019. En ese momento, las demandas educativas se articularon con un cuestionamiento mucho más amplio al modelo político, económico y social del país, evidenciando que la “revolución pingüina” no fue un episodio aislado, sino un hito inaugural de un ciclo de movilización que erosionó progresivamente la legitimidad del orden heredado de la dictadura.

Los jóvenes secuestradores no actúan solo como individuos aislados, sino como portavoces de un malestar colectivo. Cuando Carrasco declara frente a las cámaras que la educación sigue siendo un derecho exclusivo de la élite, lo hace invocando “la venganza de un pueblo entero, un pueblo cansado de las diferencias sociales” (Zúñiga, 2016: 126). La protesta, aunque ficcionalizada en clave de violencia, revela cómo la comunidad estudiantil emerge como sujeto político. Sin embargo, la paradoja es que su voz queda mediada por la lógica del espectáculo mediático: la demanda social se convierte en espectáculo televisivo, reduciendo a mercancía lo que en realidad es un reclamo de justicia. Aquí se hace patente lo que Segato denomina pedagogías de la残酷: la sociedad observa la violencia como espectáculo y no como síntoma de un orden injusto (2018: 34).

Otro espacio institucional clave es Kidzania, en “La ciudad de los niños”. Este centro de entretenimiento familiar se presenta como una “sociedad en miniatura”, diseñada para que los niños experimenten el mundo adulto. Sin embargo, lo que se despliega no es la exploración lúdica de profesiones y oficios, sino la interiorización temprana de roles funcionales al mercado. Como señalan Rojas y Rojas, Kidzania funciona como un “campo experimental para que adultos en miniatura florezcan en ‘hombres y mujeres del mañana’, transmitiendo de paso los valores de cierta sociedad ideal: economía, autonomía, consumo” (2012: 10). Los niños son distribuidos en trabajos predeterminados —bombero, cajero, periodista, médico—, de modo que la convivencia comunitaria queda subsumida bajo una lógica de roles rígidos y jerárquicos. El narrador mismo, que al principio se siente desplazado, termina integrándose como vigilante de Prosegur, es decir, como parte de una cadena de seguridad destinada a proteger el capital. El efecto es devastador: la infancia se reduce a una caricatura de la adulteria neoliberal, anulando el juego como espacio de invención y clausurando la posibilidad de subjetividades abiertas. Todos quedan así “ubicados en sus puestos” (Zúñiga, 2016: 17), resguardando el orden social.

En “Un mundo de cosas frías”, la convivencia comunitaria aparece ligada a la ciudad misma. Santiago de Chile se convierte en un mapa de exclusión donde los jóvenes precarizados recorren departamentos piloto y barrios en construcción, soñando con vidas a las que nunca accederán. La ciudad, en lugar de ser un espacio de encuentro, se muestra como un territorio segmentado por la desigualdad. Los protagonistas recuerdan que “si subíamos más —Las Condes, Vitacura, La Dehesa—, lográbamos encontrar departamentos de cuatro o cinco dormitorios” (Zúñiga, 2016: 38), mientras que en sus propias comunas apenas podían acceder a departamentos pequeños, con escasas comodidades. La convivencia urbana, lejos de ser integradora, se configura como una cartografía de la segmentación donde cada barrio es un enclave de clase. La ciudad neoliberal opera, así, como una institución difusa que educa en la desigualdad y naturaliza la segregación espacial. La convivencia, ya sea en la escuela, en Kidzania o en la ciudad, reproduce esta lógica. Las instituciones no aparecen como garantes de igualdad, sino como mecanismos que organizan y legitiman la diferencia social. La escuela clasifica a los sujetos según su capital económico y cultural, la ciudad distribuye a las familias en función de su capacidad de pago, y los espacios de ocio infantil entran a los niños en roles funcionales a la economía de mercado. En todos los casos, lo comunitario queda subsumido a lo mercantil.

Los relatos de Zúñiga muestran, además, cómo esta lógica afecta la percepción de pertenencia. Los personajes se saben fuera de lugar en las instituciones que habitan: Vergara, en “La ciudad de los niños”, presiente su expulsión por deudas; Valeria y el narrador, en “Un mundo de cosas frías”, recorren barrios donde nunca podrán vivir; los estudiantes de “Cabezas negras” advierten que su colegio es una anomalía dentro de un sistema segregador. En todos los casos, la convivencia institucional se experimenta como desajuste, como inadecuación. Esta percepción erosiona el

sentido de comunidad y alimenta la idea de que los sujetos son “daños colaterales” de un sistema que asume la exclusión como un costo aceptable.

De este modo, los relatos dejan ver cómo las instituciones convierten las demandas colectivas en mercancías de consumo. La protesta estudiantil se vuelve espectáculo televisivo; las aspiraciones de vivienda se reducen a fantasías en departamentos piloto; el juego infantil se transforma en simulación productiva. En lugar de generar comunidad, las instituciones producen espectadores y consumidores. Así, el plano de convivencia en *Niños héroes* revela cómo las instituciones —escuelas, ciudades, espacios de ocio— funcionan como escenarios donde se reproducen y legitiman las desigualdades neoliberales. La comunidad se muestra fragmentada, atravesada por jerarquías, y las pedagogías de la crueldad moldean sujetos preparados para competir y adaptarse, pero incapaces de construir vínculos colectivos sólidos. Sin embargo, los cuentos de Zúñiga no se limitan a retratar la apatía juvenil, sino que registran narrativamente un malestar social incubado en lo institucional y lo comunitario, un malestar que anticipa la fractura política y cultural de 2019. La literatura de Zúñiga se convierte, así, en un testimonio crítico de cómo lo institucional y comunitario, lejos de ser espacios de integración, operan como dispositivos de exclusión y disciplinamiento, al tiempo que revelan las fisuras desde donde emergen subjetividades en resistencia. En este sentido, “La ciudad de los niños” ofrece un ejemplo paradigmático: allí, la resistencia se manifiesta de manera sutil, pero no por ello menos significativa. Kidzania, ese espacio diseñado para entrenar a los niños en roles funcionales al mercado, es apropiado por los protagonistas de un modo imprevisto. Su mera irrupción en el recinto subvierte la lógica de la simulación productiva: el juego, concebido como adiestramiento neoliberal, se transforma en escenario de interrupción. Vergara, consciente de su inminente expulsión por deudas, encarna la exclusión estructural, pero también la insubordinación simbólica cuando grita “¡Abajo el capitalismo, compañeros! ¡Abajo el neoliberalismo!” (Zúñiga, 2016: 22). La caricatura de la protesta revela que, incluso en espacios destinados al disciplinamiento, la subjetividad conserva la capacidad de resistir, aunque sea a través de gestos mínimos o paródicos. La voz contestataria de Vergara, aunque breve, irrumpió en el orden de Kidzania para señalar la artificialidad del modelo.

“Los podía ver desde ahí”: afectos y vínculos truncos

En los relatos de *Niños héroes*, lo relacional emerge como uno de los campos más fértiles para observar las marcas del neoliberalismo en las subjetividades juveniles. Las vidas narradas no se reducen a una precariedad individual ni a condiciones estructurales abstractas: se despliegan en vínculos, tensiones y afectos que revelan tanto las posibilidades como los límites de la convivencia. Lo que está en juego no es solo la capacidad de sobrevivir en un entorno adverso, sino también la dificultad de construir relaciones significativas y solidarias en medio de un sistema que fomenta la competencia, la fragmentación y la instrumentalización del otro.

Un ejemplo contundente aparece en “Un mundo de cosas frías” cuando los protagonistas, Valeria y el narrador, encuentran en un departamento piloto a otra familia que, como ellos, se refugia clandestinamente en espacios destinados al consumo. La escena podría dar lugar a un momento de encuentro, a la posibilidad de compartir experiencias, expectativas y frustraciones comunes. Sin embargo, lo que ocurre es lo contrario: el protagonista permanece en silencio, limitándose a observar a la distancia. No se produce acercamiento ni diálogo: “Los podía ver desde ahí: ellos acostados en el sofá, contándoles una historia que nunca logré oír bien, pero que los niños escuchaban con mucha atención” (Zúñiga, 2016: 41). La precariedad compartida no se

traduce en comunidad, sino en mutua invisibilidad. Este gesto revela cómo la lógica neoliberal penetra en lo afectivo al instalar el aislamiento como forma de subjetivación.

El relato “Cabezas negras” intensifica aún más esta dimensión relacional. Los jóvenes protagonistas, hastiados del sistema escolar y de la segregación social, secuestran a un grupo de estudiantes de un colegio privado. La acción es presentada como una estrategia de resistencia, pero también como un espectáculo mediático. Cuando Carrasco declara ante las cámaras que la educación chilena sigue siendo “un derecho exclusivo para la élite” (Zúñiga, 2016: 126), lo hace en un acto de visibilización, pero también en un escenario donde su palabra queda atrapada en el circuito del espectáculo televisivo. La relación con el otro —los estudiantes secuestreados, la audiencia televisiva, la sociedad en su conjunto— aparece mediada por la lógica de la violencia y el consumo de imágenes. Retomando a Segato (2018), se trata de un ejemplo claro de las pedagogías de la残酷: los vínculos no se orientan hacia el reconocimiento mutuo ni hacia la empatía, sino hacia la exhibición de la violencia como mercancía social.

Lo afectivo, entonces, no queda intacto frente a las lógicas del modelo. Por el contrario, se ve colonizado por ellas. Los relatos muestran cómo el neoliberalismo no solo produce consumidores y excluidos, sino también subjetividades incapaces de sostener vínculos sólidos y comunitarios. Las emociones quedan atrapadas entre el deseo de inclusión y la experiencia de exclusión, generando un campo afectivo ambivalente: esperanza mezclada con frustración, solidaridad latente cooptada por el aislamiento, rabia convertida en espectáculo.

En este sentido, la literatura de Zúñiga actúa como un registro crítico de la manera en que lo relacional se vuelve campo de disputa. El gesto de Valeria y el narrador de no acercarse a la otra familia en el departamento piloto puede leerse como una metáfora del quiebre de lazos sociales en el Chile neoliberal. El hecho de compartir la misma precariedad no basta para generar comunidad, pues el mandato de la competencia individual los mantiene separados. A su vez, la representación de la infancia en Kidzania exhibe cómo desde temprano se enseña a los sujetos a relacionarse en función de roles utilitarios, anulando la dimensión lúdica y creadora que permitiría la emergencia de nuevas formas de vínculo. Finalmente, el secuestro en “Cabezas negras” muestra cómo la indignación colectiva puede ser absorbida por la lógica del espectáculo, transformando una demanda legítima en un episodio consumido fugazmente por los medios de comunicación.

El plano relacional también nos permite advertir un componente afectivo fundamental: la vergüenza. En varios relatos, los personajes experimentan la humillación de sentirse fuera de lugar. Vergara, en “La ciudad de los niños”, es consciente de que su familia no puede seguir pagando la colegiatura: “Sabía que lo iban a expulsar a fin de año. Sus papás debían varios meses en el colegio” (Zúñiga, 2016: 12). Esta experiencia no solo afecta su trayectoria educativa, sino también sus vínculos con sus pares. La vergüenza opera como un afecto que fragmenta la relación con los otros, instalando una distancia que erosiona la posibilidad de comunidad. En este punto puede establecerse un vínculo con las reflexiones de Ahmed (2012: 68) sobre la “economía afectiva”: las emociones no son privadas, sino que circulan socialmente, configurando relaciones de proximidad y distancia. La vergüenza, en este caso, funciona como una tecnología afectiva que desarticula lazos y refuerza jerarquías.

Asimismo, en “Un mundo de cosas frías”, los protagonistas comparten un itinerario por la ciudad, pero lo hacen en una especie de deriva espectral, donde la compañía no logra convertirse en comunidad. El afecto que los une es frágil, casi fantasmático. Sueñan juntos con departamentos que nunca tendrán, pero esa fantasía compartida no cristaliza en un proyecto común. La precariedad,

lejos de generar solidaridad, produce vínculos frágiles que se disuelven en el aire de la ciudad. En este sentido, los relatos exhiben una paradoja: la experiencia de exclusión es común, pero los sujetos permanecen separados, incapaces de traducirla en comunidad.

Así, en el plano relacional *Niños héroes* revela cómo el neoliberalismo penetra en la dimensión afectiva, moldeando los vínculos interpersonales bajo la lógica de la competencia, la vergüenza y la violencia espectacularizada. Las relaciones entre los personajes —ya sea entre pares precarizados, entre niños que juegan a ser adultos en Kidzania, o entre secuestradores y rehenes en “Cabezas negras”— evidencian la dificultad de articular comunidades sólidas en un contexto que fomenta la fragmentación. La literatura de Zúñiga se convierte, así, en un archivo sensible de cómo lo relacional y lo afectivo son atravesados por las pedagogías de la残酷, dejando sujetos aislados, vínculos truncos y comunidades imposibles.

Ahora bien, este cruce de precariedad y vínculos fragmentados hace evidente que la literatura de Zúñiga no solo retrata subjetividades dañadas, sino que abre la pregunta por las condiciones de su politización. El silencio de Valeria y el narrador frente a la otra familia en el departamento piloto, o la vergüenza de Vergara al anticipar su expulsión por deudas, muestran cómo la experiencia compartida de exclusión no logra convertirse en solidaridad. Sin embargo, justamente en esa imposibilidad late la urgencia de articular lo afectivo como un campo político. La vergüenza y la frustración, lejos de ser afectos privados, constituyen lo que Ahmed denomina “economías afectivas” (2012: 76): energías sociales que circulan y pueden, bajo ciertas condiciones, transformarse en indignación colectiva.

“Cabezas negras” da un paso más, pues convierte la rabia en gesto público, aunque absorbido por el espectáculo televisivo. Allí radica la paradoja: los vínculos se experimentan como violencia o como aislamiento, pero su acumulación configura el sustrato de un malestar que, al politizarse, anuncia la posibilidad de comunidad. Así, lo relacional no queda clausurado en la derrota: Zúñiga muestra cómo del fracaso de los lazos inmediatos emerge, en negativo, la necesidad de construir formas colectivas de resistencia y reconocimiento mutuo.

Ese mismo gesto permite comprender cómo “Cabezas negras” inscribe la resistencia en una doble clave: por un lado, visibiliza la injusticia de un sistema educativo que reproduce jerarquías de clase bajo la apariencia de inclusión; por otro, exhibe la apropiación política de la rabia como un acto de denuncia. La escena del secuestro de estudiantes de un colegio privado no puede leerse únicamente como una ficción violenta, sino también como la metáfora de un malestar colectivo que exige ser oído. Carrasco, al declarar frente a las cámaras que la educación chilena sigue siendo “un derecho exclusivo de la élite”, convierte su voz en la de un “pueblo cansado de las diferencias sociales” (Zúñiga, 2016: 126). Incluso cuando esa demanda es absorbida por la lógica del espectáculo mediático, la resistencia se mantiene como huella: la denuncia se inscribe en la memoria social y anticipa los gritos de las marchas estudiantiles y del estallido de 2019.

En todos estos relatos, la resistencia no aparece como proclama ni como manifiesto explícito, sino como fisura. Es la rabia convertida en protesta pública, el grito paródico en medio del simulacro, el silencio que insinúa una comunidad posible. La literatura de Zúñiga actúa, así, como un archivo de esos gestos intersticiales: registros de subjetividades disciplinadas por el neoliberalismo, pero también portadoras de interrupciones que anuncian un porvenir distinto. La paradoja de *Niños héroes* es que la derrota nunca es total: incluso en la fragmentación, los relatos dejan entrever la potencia política que surge desde los márgenes.

Conclusiones

Este artículo examinó tres cuentos de *Niños héroes* —“La ciudad de los niños”, “Un mundo de cosas frías” y “Cabezas negras”— con el propósito de mostrar cómo sus protagonistas encarnan subjetividades configuradas como “daños colaterales” del modelo neoliberal chileno y cómo esa configuración se manifiesta en los planos individual, institucional-espacial y relacional-afectivo. La propuesta de lectura sostuvo, además, que estos relatos no se agotan en un realismo del desencanto ni en la supuesta apatía posdictadura, sino que registran, de forma oblicua, indicios de politización y fisuras de resistencia. Sobre esta base, se destacan las tensiones que recorren el corpus y su potencia anticipatoria.

En el plano individual, los cuentos representaron vidas jóvenes suspendidas en horizontes de baja expectativa, marcadas por la internalización de la derrota meritocrática y por un futuro estrecho. En “Un mundo de cosas frías”, el tránsito por departamentos piloto figuró la promesa de consumo permanentemente diferida: “Nos gustaba imaginar una vida completa en esas habitaciones generosas” (Zúñiga, 2016: 40), pero esa imaginación confirma la exclusión como forma de vida. Los personajes saben, con antelación, que no hay cabida para ellos en la retórica del mérito; su subjetividad se forja en la precariedad como normalidad y se reconoce fuera de lugar. No se trata de casos singulares, sino de síntomas de un régimen que fabrica sujetos fragmentados, incapaces de proyectar horizontes más allá de los límites impuestos. Así, *Niños héroes* se erige como un archivo literario de oportunidades negadas y de existencias reducidas a la sobrevivencia.

En el plano institucional y espacial, la escuela, la ciudad y los espacios de ocio se mostraron como escenarios que dramatizan y legitiman la desigualdad. “Cabezas negras” reveló la escuela como un espacio atravesado por jerarquías de clase, incluso cuando pretende presentarse como inclusiva. La coexistencia de estudiantes expulsados de colegios de élite con jóvenes de sectores populares, en un establecimiento enclavado en un barrio acomodado, exhibe la tensión de un sistema que mezcla sin integrar. “La ciudad de los niños” expuso Kidzania como una miniatura del orden productivo, donde la infancia queda ubicada “en sus puestos” y el juego cede ante la simulación de roles funcionales al mercado; el narrador, finalmente, se incorpora a Prosegur, sellando la lógica de vigilancia y resguardo del capital. En “Un mundo de cosas frías”, Santiago de Chile aparece como cartografía segmentada: los protagonistas solo acceden, como visitantes, a barrios donde “lográbamos encontrar departamentos de cuatro o cinco dormitorios” (Zúñiga, 2016: 38), mientras su propio mundo se reduce a espacios mínimos. La escuela clasifica, la ciudad distribuye y el ocio entrena; en todos los casos, lo comunitario queda subsumido a lo mercantil.

En el plano relacional-afectivo, los vínculos se mostraron frágiles, atravesados por vergüenza, aislamiento y competencia. La coincidencia de precariedades no deviene comunidad: en el departamento piloto, la cercanía con otra familia no produce encuentro sino mutua invisibilidad; el protagonista “los podía ver desde ahí” (Zúñiga, 2016: 41), pero el gesto de mirar no se transforma en diálogo. La indignación, por su parte, puede devenir espectáculo, como en “Cabezas negras”, donde la demanda estudiantil queda mediada por el circuito televisivo. La literatura de Zúñiga registra estas economías emocionales sin solemnidad doctrinaria: lo que está en juego no es solo la capacidad de sobrevivir, sino la dificultad de sostener lazos significativos en medio de un orden que convierte al otro en medio y no en fin.

Conjuntamente, estos tres planos confirman la hipótesis de trabajo: más allá de la etiqueta de apatía, *Niños héroes* registra narrativamente un malestar social en incubación. “Cabezas

negras” convierte la rabia en gesto público y nombra la exclusión educativa, aunque absorbida por el espectáculo; “La ciudad de los niños” interrumpe, de modo paródico, la pedagogía de la obediencia con el grito “¡Abajo el capitalismo, compañeros! ¡Abajo el neoliberalismo!” (Zúñiga, 2016: 22); “Un mundo de cosas frías” sugiere, en negativo, la necesidad de comunidad que aún no logra articularse. No hay proclamas ni manifiestos: hay fisuras. Los relatos muestran que la sujeción no es total y que, incluso en la derrota, emergen restos de voz que anuncian posibilidad de reconocimiento mutuo.

Leídos en perspectiva, estos resultados dialogan con el clima previo al estallido de 2019. Las subjetividades que emergen conviven con la desazón, pero también sostienen —aunque de manera endeble, casi ilusoria— la esperanza de que el sistema cumpla sus promesas. Cuando esa expectativa se estira hasta su límite, sobreviene el malestar y, tras este, la rabia. De ahí que gestos como el corte de la cabellera en “Cabezas negras” funcionen como metáfora de la grieta por la que se filtra una indignación largamente acumulada. La narrativa de Zúñiga captura ese tránsito: del aguante silencioso a la visibilización del agravio, de la espera esperanzada a la rabia abierta.

En síntesis, *Niños héroes* no solo registra una época; muestra la tensión entre el molde y la grieta. El modelo produce sujetos precarizados, instala instituciones que legitiman la diferencia y erosiona los lazos; pero, en las fisuras de ese mismo orden, aparecen interrupciones que señalan un porvenir distinto. La obra revela cómo, incluso en las subjetividades más fragmentadas, se incuban gestos mínimos de insubordinación que anuncian fisuras en el neoliberalismo chileno. En esa tensión se cifra su potencia: con economía de gestos y escenas elocuentes, Zúñiga compone un sismógrafo de la subjetividad contemporánea, un archivo literario que anticipa, desde la ficción, las fracturas sociales que terminarían por estallar en las calles de Chile en 2019.

Referencias bibliográficas

- AHMED, Sara, 2012, *La política cultural de las emociones*, Ciudad de México, Libros de la UNAM.
- BÁEZ ALARCÓN, Andrea, 2021, “Infraclase: el daño colateral de la modernidad líquida. Según el pensamiento de Zygmunt Bauman”, *Revista de Filosofía. Facultad de Estudios Teológicos y Filosofía UCSC*, vol. 20, no. 1, pp. 13-25. Disponible en: <https://revistas.ucsc.cl/index.php/revistafilosofia/article/view/1377>.
- BAUDRILLARD, Jean, 2009, *La sociedad de consumo: sus mitos, sus estructuras*, traducción de Elvira Bixio, Buenos Aires, Siglo veintiuno editores.
- , 2022, *El sistema de los objetos*, traducción de Francisco González Aramburu, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- BAUMAN, Zygmunt, 2002, *Modernidad líquida*, traducción de Pablo Hermida Lazcano, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- , 2005, *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*, traducido por Pablo Hermida Lazcano, Barcelona, Paidós.
- , 2007, *Vida de consumo*, traducción de Mirta Rosenberg y Jaime Arrambide, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- , 2012, *Daños colaterales. Desigualdades sociales en la era global*, traducción de Lilia Mosconi, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- BECK, Ulrich y Elisabeth BECK-GERSHEIM, 2012, *La individualización: el individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*, traducción de Bernardo Moreno, Barcelona, Paidós.

- BELLEI, Cristian; Daniel CONTRERAS y Juan Pablo VALENZUELA (eds.), 2010, *Ecos de la revolución pingüina. Avances, debates y silencios en la reforma educacional*, Santiago de Chile, Pehuén.
- BLANCO, Fernando, 2021, “La desmemoria del pacto neoliberal. La narrativa chilena del tercer milenio”, en Ana Gallego Cuiñas (ed.), *Novísimas. Las narrativas latinoamericanas y españolas del siglo XXI*, Madrid / Frankfurt am Main, Iberoamericana / Vervuert, Monografías Letral no. 9, pp. 135-152. Disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=8101475>.
- COSTAMAGNA, Alejandra, 2016, *La voz de los hijos en las novelas chilenas de postdictadura*, Universidad de Chile, Facultad de Filosofía y Humanidades, Tesis de doctorado en Literatura.
- CRISTI, Renato, 2021, *El triunfo del mercado. El auge del neoliberalismo en Chile*, Santiago de Chile, LOM.
- DUPERRON, Celia, 2019, “Chile, siglo XXI: cuando la generación de los hijos cuenta la dictadura”, *América sin nombre*, no. 24, pp. 29-39. Disponible en: <https://rua.ua.es/dspace/handle/10045/99700>.
- FERRARESE, Laura, 2020, *La literatura de los hijos en Chile entre memoria y testimonio*, Università Ca' Foscari Venezia, Tesis de Magister de Lengua y Literatura europea, americana y postcolonial. Disponible en: <https://unitesi.unive.it/retrieve/89e9320f-4dca-4c15-a966-db210bd49442/858964-1250344.pdf>.
- GAUDICHAUD, Franck, 2015, *Las figuras del neoliberalismo maduro chileno. Trabajo, “Democracia protegida” y conflicto de clases*, Buenos Aires, CLACSO. Disponible en: <https://www.studocu.com/cl/document/universidad-central-de-chile/gestion-del-cuidado/gaudichaud-fisuras-neoliberalismo/20564286>.
- GÁRATE, Manuel, 2012, *La revolución capitalista de Chile (1973-2003)*, Santiago de Chile, Ediciones de la Universidad Alberto Hurtado.
- GARRETÓN, Manuel Antonio, 2011, *La sociedad en que vivi(re)mos*, Santiago de Chile, LOM.
- GONZÁLEZ GONZÁLEZ, Daniuska, 2021, “Las ilusiones perdidas. Subjetividades de la derrota en las narrativas de Diego Zúñiga y Canek Sánchez Guevara”, *Letral*, no. 25, pp. 193-215. Disponible en: <https://revistaseug.ugr.es/index.php/letral/article/view/15700>.
- GUZMÁN, Patricio, 2009, “Los tiempos de la violencia en Chile: La memoria obstinada”, *Alpha*, no. 28, pp. 53-168.
- HARVEY, David, 2017, *Breve historia del neoliberalismo*, traducción de Ana María Mateos, Madrid, Akal.
- HIDALGO, Paulo, 2012, *El ciclo político de la concertación (1990-2010)*, Santiago de Chile, Uqbar.
- HOULLEBECQ, Michel, 2014, *El mundo como supermercado*, traducción de Encarna Castejón, Barcelona, Anagrama.
- JOHANSSON, María Teresa, 2017, “Novelas chilenas de la dictadura y la postdictadura: trayectorias de lectura propuestas por Grínor Rojo”, *Anales de Literatura Chilena*, no. 96, pp. 369-376. Disponible en: <https://revistaliteratura.uchile.cl/index.php/RCL/article/view/47636/57482>.
- LYOTARD, Jean-François, 1992, *Economía libidinal*, traducción de Tununa Mercado, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- MAYOL, Alberto, 2019, *Big Bang. Estallido 2019. Modelo derrumbado. Sociedad rota. Política inútil*, Santiago de Chile, Catalonia.
- , 2012, *El derrumbe del modelo. Crisis de la economía de mercado en el Chile contemporáneo*, Santiago de Chile, LOM.
- MOULIAN, Tomás, 2002, *Chile actual. Anatomía de un mito*, Santiago de Chile, LOM.
- MORUNO, Jorge, 2015, *La fábrica del emprendedor. Trabajo y política en la empresa mundo*, Madrid, Akal.
- PEÑA, Carlos, 2020a, *Pensar el malestar. Crisis de octubre y la cuestión constitucional*, Santiago de Chile, Taurus.

- _____, 2020b, *La mentira noble. Sobre el lugar del mérito en la vida humana*, Santiago de Chile, Taurus.
- PEÑA, Carlos y Patricio SILVA (eds.), 2021, *La revuelta de octubre en Chile. Orígenes y consecuencias*, Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica.
- RIVERA-SOTO, José, 2021, “Sí lo vimos (leímos) venir. Presagios literarios de la revuelta popular. Violencia estructural del neoliberalismo como motivo dominante en Zúñiga, Uribe y Araya”, *Universum. Revista de Humanidades y Ciencias Sociales*, vol. 36, no. 2, pp. 459-478. Disponible en: <https://universum.ualca.cl/index.php/universum/article/view/176>.
- ROJAS, Sebastián y Patricio ROJAS, 2012, “KidZania: ¿la ciudad de los niños?”, *Rufián*, año 2, número 9, mayo, pp. 9-11.
- ROJO, Grínor, 2016, *Las novelas de la dictadura y la postdictadura chilena*, Santiago de Chile, LOM.
- ROMÁN, Nicolás, 2022, “Literatura prostibularia y neoliberalismo: *Racimo* de Diego Zúñiga y *Le viste la cara a Dios* de Gabriela Cabezón Cámara”, *Literatura y lingüística*, no. 46, pp. 519-543. Disponible en: https://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S0716-58112022000200519&script=sci_abstract.
- RUIZ ENCINA, Carlos, 2013, *Conflictos sociales en el “neoliberalismo avanzado”. Análisis de clase de la revuelta estudiantil en Chile*, Buenos Aires, CLACSO. Disponible en: <https://libreria.clacso.org/publicacion.php?p=818&c=2>.
- SCARANO, Laura, 1997, “Travesías de la subjetividad: Ficciones del sujeto / Posiciones del sujeto”, *CELEHIS. Revista del Centro de Letras Hispanoamericanas*, no. 9, pp. 13-29.
- SIAVELIS, Peter, 2009, “Enclaves de la transición y democracia chilena”, *Revista de Ciencia Política*, vol. 29, no. 1, pp. 3-21.
- SEGATO, Rita, 2018, *Contra-pedagogías de la残酷*, Buenos Aires, Prometeo Libros.
- VERA, Antonieta, 2017, “Presentación”, en Antonieta Vera (ed.), *Malestar social y desigualdades en Chile*, Santiago de Chile, Ediciones de la Universidad Alberto Hurtado, pp. 9-16.
- ZÚÑIGA, Diego, 2009, *Camanchaca*, Santiago de Chile, La Calabaza del Diablo.
- _____, 2014a, *Soy de Católica*, Santiago de Chile, Lolita Editores.
- _____, 2014b, *Racimo*, Santiago de Chile, Literatura Random House.
- _____, 2016, *Niños héroes*, Santiago de Chile, Random House Mondadori, 2016.
- _____, 2019, *Maria Luisa Bombal: el teatro de los muertos*, Santiago de Chile, Ediciones Universidad Diego Portales, 2019.
- _____, 2023, *Tierra de Campeones*, Santiago de Chile, Random House.